

practicar el precepto del Apóstol: *Insiste oportuna e inoportuna*. Ante los poderes públicos, de importunidades suelen vestirse las reclamaciones nuevas. Aconseja la comodidad el *statu quo*, estado de momia seca, sin reacciones vitales. Evítense el movimiento, porque la momia se hace polvo al tocarla; respétese el rancio barniz secular, porque él protege la conservación aparente de la momia. Esa quietud, bello ideal de los gobiernos en los países entumecidos, no es solamente inmovilidad; es en efecto atraso, que va graduándose en razón de lo que se acelera el adelanto en otras naciones. Si uno se para y otro anda, es innecesario decir lo que sucede.

Determinado el Ateneo á dar su batalla en pro de la cultura, practicó gestiones cuya historia no sería breve, pero cuyo resultado por ahora se limita al rastro y huella abiertos en la opinión pública. Al que crea que esto es poco, he de recordarle que hace cosa de tres años nadie absolutamente se preocupaba de dos cuestioncillas tan baladíes como la instrucción y los presupuestos. Hablábese de política, como si fuese algo que no se relaciona directa ni indirectamente con el saber y el dinero, las dos arrulladoras fuerzas que rigen á la sociedad. Se bravateaba, se alardeaba de una fe extraordinaria en las virtudes milagrosas que había de demostrar España sacándolas no sabemos de dónde, quizás de la retorta del marqués de Villena, y la gente parecía no sospechar ni de una manera remota que es preciso, indispensable, tener hacienda y tener escuelas, pagar, robustecerse y adoctrinarse. Hasta eran escuchados con gusto los que sostenían la conveniencia de la santa ignorancia y los encantos de la fresca y suave indolencia nacional. Ignorar, ser pobre..., un ideal, un sueño. Pero sueño de asceta, sueño para fray Junípero. Cuando lo sueña una nación..., ¡qué despertares se le preparan! La dulce indiferencia hacia el oro y la ciencia puede practicarla el individuo, nunca la colectividad. Las mismas órdenes mendicantes, colectivamente, han construído, estudiado, enseñado, labrado monumentos hermosísimos, desplegado actividades propiamente humanas. Aunque campañas como la del Ateneo de Valencia no produjesen más bienes y frutos que cooperar á que España «avive el seso y despierte», sería incalculable su valer y sus merecimientos. Nada se pierde; nada cae enteramente sobre roca.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

AL REGRESO...

Si valiese traer á esta sección de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA una exacta referencia de nuestras propias impresiones, sobre todo cuando son extremadamente lisonjeras, yo hablaría aquí largo y tendido, llenando páginas y páginas, del viaje á Valencia, del cual vuelvo ahora mismo, interrumpiendo la tarea de deshacer el equipaje para trazar la crónica presente. La mayor parte de este viaje, sin embargo, pertenece de derecho al público, y en realidad ni es inmodestia ni indiscreción que yo le dedique algunos párrafos, rehuendo lo que suene á egoísta complacencia, deteniéndome sólo á recordar lo que tenga significación general, y aun eso muy por alto, por no incurrir en exceso.

\* \*

No fui esta vez á Valencia como otras había ido, y voy á cuantas ciudades y pueblos interesantes é históricos existen en España, llevando la curiosidad por guía y por ley el capricho. Fui llamada por el Ateneo valenciano á disertar en la sesión inaugural del curso, sesión solemnísimas, muy diferente de lo que suelen ser tales sesiones, que de ordinario se concretan á formulismos. El Ateneo valenciano, huyendo de esa retórica que infunde sopor á los mismos que de ella se sirven, había pensado con tiempo, hacía meses, en dedicar su actividad á algo superior á la instalación de un salón de lectura ó á la organización de una velada con poesías y piano. Habíase resuelto nada menos que á ser una energía activa en la nación, llevando adelante, con el entusiasmo que caldea y la tenacidad que mantiene, la campaña de la educación integral, gratuita y obligatoria. Era esta campaña, y es, y quiera Dios que siga siendo, una imposición del actual momento, algo que se respiraba en el aire; no sabemos qué hemos de hacer para remediar la decadencia española, pero presentimos que será forzoso educar á la generación que actualmente se está formando, y educarla como no hemos sido educados nosotros y como es preciso hoy que se eduquen los pueblos serios y grandes. El mérito del Ateneo de Valencia consiste en haber proclamado esta aspiración; en no haberse encogido de hombros, ni tumbado á dormir la siesta — la siesta española, la perezosa siesta del meridional feliz á la sombra de sus emparrados, al olor de sus jazmines, al abaniqueo de sus brisas, bajo la languidez que desciende del cielo turquí.

\* \*

No se lleva como se quiere una campaña de tal índole. El Ateneo se halla dispuesto á combatir, á

quiere halagar, mas con la certeza de que no yerra al otorgar su aprobación inteligentísima. Está aquella gente muy sobre sí, y por lo mismo, al romperse el hielo somos dueños del campo. Esto pude notar en París. Al pronto, cortés y culta atención, reserva y calma; después, una especie de confianza repentinamente establecida; á cada párrafo, señales evidentes de como se enteraban, ideas cogidas al vuelo, intenciones adivinadas, lectura entre líneas, adivinación, aplauso á su hora — esa claridad de percepción tan propia del refinamiento y del hábito del ejercicio intelectual.

\* \*

Y el público de Valencia, distinto del de Madrid y del francés. Muy inteligente, pero todavía más sensible, más artista; con la fuerza de emoción que se comunica y va del auditorio al orador, y vuelve del orador al auditorio. Corriente eléctrica, los nervios la transmiten, y el resultado es una transformación del modo de decir, más intenso, más dramático, más espontáneo también, porque deja de ser lectura y se convierte en recitación, no sirviendo las cuartillas más que de guía y como de hilo conductor que impide perderse. ¡Y qué sensación embriagadora, ver al público, con sus mil ojos y su alma compuesta de tantos espíritus diferentes, opuestos, inconciliables tal vez fuera de allí, aunarse, amalgamarse, identificarse, y venir hacia nosotros, arrastrado por unos sonidos, por el eco de una voz! Yo percibía que el público se me acercaba, y que le tenía, por decirlo así, en las manos. Mis sentimientos se le comunicaban; el entusiasmo patriótico descendía á él por mediación de mi acento. A mi vez, sufría la influencia y el contagio de aquel entusiasmo. Era una hora muy hermosa de la vida.

\* \*

Si hay quien por medio del papel impreso desahoga rencores, da quejas, esparce melancolías y zurce divagaciones, ¿por qué no ha de ser lícito expresar alegrías de tan noble origen, goces de tan elevada naturaleza? Tarde olvidaré estos días pasados entre el halagüeño ruido — como de olas que acarician una playa del Mediterráneo — de un pueblo entero que agasajaba en mí á lo más alto y bello y culto, las Letras. Tantos y tan rendidos homenajes me los habían ganado unos rasgos de tinta sobre unas cuartillas; fuerza quizás, bien mirado, más real y persistente que ninguna. De esto no debemos avergonzarnos, sino enorgullecernos con santo orgullo. Se honran los que acatan esta fuerza; nos honramos los que la representamos, si la ofrecemos al ideal de la hora presente, lo que llamé *el altar de Nuestra Señora de la Patria*.

\* \*

Y en ciudades tan artísticas como Valencia, todo adquiere sello de poesía infinita, todo es materia dispuesta para la belleza de la forma. Aquellos pueblecillos de la Huerta, dorados y con reflejos orientales, de palmeras africanas, de vegas rientes, de templos de azules cúpulas que figuran lirios invertidos, de casas vestidas de graciosa cerámica con vivos colores; aquel divino Salón de la Lonja, de columnas aéreas, de proporciones majestuosas, con sus mesas dispuestas para el descomunal banquete; aquel Paraninfo atestado de gente, inundado de luz; aquel claustro que vestían ricos tapices y guirnaldas frescas; aquella tribuna toda de flores; aquellas alquerías animadas por la morisca algazara de los bailes populares; todos los lugares en que se celebraron las fiestas, eran diferentes allí de lo que serían en otra tierra y bajo otro cielo. Esto que se llama el ambiente, ejerce un prestigio que no cabe desconocer. Valencia es la ciudad española de atmósfera más italiana. Aun en nuestra encogida y triste época, hay allí una especial vibración de sentimiento estético, una facilidad para asimilarse el arte, que se nota y no se define. La educación completa obraría prodigios en tan sensible y entusiasta raza. La gente del campo, la de esfera más modesta, me ha producido impresiones de extraordinaria percepción artística é intelectual. Y no quiero decir más, porque no debo «gloriarme sino en el Señor» es decir, no debo recordar las propias venturas, sino las esperanzas generales, el aura de resurgimiento y de renovación que he creído respirar, cuando noté que mis palabras no caían en el vacío, que mis afanes encontraban eco, y que al auscultar, el corazón de España latía aún... Valor y adelante.

EMILIA PARDO BAZÁN